

ANTE UN GRUPO SELECTO

FORMACIÓN SOCIAL DE LOS JÓVENES

DOS CONFERENCIAS

I

No sé que haya tema pedagógico-social más importante y oportuno en estos tiempos, ni más provechoso para vosotros—jóvenes queridos—para vosotros, digo, futuros adalides de la causa católica—que el que me ha sido propuesto para estas modestas conferencias familiares, que bien podríamos llamar, imitando a los franceses, *causeries sociales*.

Materia daría, tema tan simpático, para un libro de mucha utilidad e interés, si se quisiera tratar a fondo, *per longum et latum*, como él se merece.

No obstante eso, yo, por varios motivos (1) no quiero discurrir tanto esta noche, ni mucho menos exponerme al peligro de fatigar vuestra mente y de ejercitar, como por vía de *formación* práctica (?) vuestra paciencia, aunque esta virtud no es poco necesaria para *lo social*, cuando se llega al terreno de la acción y de las obras.

Sólo me propongo hoy llamar vuestra atención sobre tema tan interesante, y con esta ocasión indicaros *algo* que tal vez, como dijo el poeta latino *meminisse juvabit*, y que sin duda os servirá desde ahora para excitar en vuestro entendimiento alguna idea oportuna, alguna reflexión provechosa acerca de la cultura y formación intelectual.

Mas antes de entrar en materia, juzgo ser en alguna manera necesario, decir cuatro palabras en defensa y elogio de nuestra escuela social católica.

(1) Y uno de ellos es haber tratado en otras conferencias temas semejantes o afines.

LOS DE LA ACERA DE ENFRENTÉ

Nada a la verdad, tan antipático y molesto para un católico-social, como la actitud despectiva que, de ordinario, muestran al tratarse de nuestras doctrinas y soluciones, muchos de los que figuran en *la acera de enfrente*, que andan por ahí pavoneándose con sus ínfulas de «ilustrados», «intelectuales» y «sabios», y a veces, proclamándose a boca llena *sociólogos eminentes*, siendo así que, hablando en puridad, o son hombres de escasa ilustración y aún de «intelectualidad» muy endeble y enfermiza, o si son de veras ilustrados y eruditos, no lo son, generalmente, sino en muy pocas y limitadas disciplinas.

Esa actitud—tan poco noble y gallarda, como luego veremos—no es precisamente como alguien podría figurarse, la del *franco combatiente*.

No, señores: nos «perdonan la vida». En general es meramente *negativa*. Nos ignoran, nos desconocen. No están, ni quieren estar enterados.

En unos, semejante estado de alma, nace de un profundo menosprecio.—Escuela social... *católica*? No vale la pena de enterarse.—Por el mero hecho de proclamarse confesional, no merece a su juicio—o prejuicio—los honores de escuela ni de cosa que se le parezca.

En otros, es simplemente ignorancia afectada, fingida. Conocen bien, por lo menos en general, su existencia y su valor; pero sistemáticamente, como buenos hipócritas *simulan* no saber nada de ella.

En algunos, finalmente, esa actitud es, en cierto modo, sincera, y se origina de una real aunque culpable ignorancia. La facultad de percepción de sus cerebros, se asemeja a un embudo. Lo que no aciertan a ver por el lado estrecho, ya no pueden percibirlo de ningún modo. Su sectarismo les ha deformado el entendimiento.

Si éstos y aquéllos, y los de más allá, proceden, en este caso y en otros semejantes, serenamente, racionalmente sin prejuicios personales y sin dogmatismos partidistas, déjolo al buen juicio de los hombres de saber verdaderamente imparciales.

Yo, ciertamente, no dudaría en tachar de partidista notariamente extremoso, y aún de enemigo de la ciencia, a cualquiera que alardeara de sociólogo católico, y que desconociera, o que quisiera ignorar, o lo afectara, los sistemas y escuelas de cuantos se han preocupado hasta hoy día, de un modo especial, por la solución, buena o mala, de los problemas sociales.

Y sin temor de exagerar, ni peligro de equivocarme, creo poder

afirmar rotundamente que hasta ahora no he conocido uno solo entre los sociólogos y economistas cristianos—y he tenido la honra de tratar a muchísimos de ellos—que no se diera al estudio de los más *célebres* autores—¡hay por ahí cada celebridad!...—de las otras escuelas sociales con el ánimo libre de prejuicios, y aun con cierta ingenuidad (1) para ver y ponderar y aquilatar lo que en ellas hubiese, en todo o en parte, de verdad y justicia.

Más aún; estoy sinceramente persuadido de que si fuéramos a visitar, de improviso, las bibliotecas de los sociólogos cristianos y de los que defienden doctrinas contrarias, e hiciéramos un detendo examen de los volúmenes que atesoran unas y otras, hallaríamos, sin duda alguna, que por cada libro que apareciera en pro de la escuela social católica en la del socialista, campearían por lo menos diez a favor del socialismo en la del sociólogo cristiano. (2).

Quiero decir con todo eso, señores, que los católicos sociales estamos menos aferrados a estrecheces de criterio de lo que *se figuran*—y en esto suelen ser sinceros—nuestros adversarios, y que, de ordinario, más bien ellos son los que se dejan llevar de recelos y prejuicios *infundados*, tan impropios de quien con noble afán y sin *parti pris* se dedica a los estudios sociales.

UN POCILLO SUBSTANCIOSO

Forma, ciertamente, notable y casi chistoso *contraste* con esa inconsciencia o pretendida ignorancia de quienes disienten de nosotros y aún más, con cierta especie de *boicoteo* intelectual declarado contra

(1) De este pecado yo me acuso, en el cual he incurrido algunas veces leyendo con toda *la buena fe del mundo* algún tratado *célebre*, pero sin meollo ni substancia de ningún género.

(2) Podría objetarse, tal vez, que la producción literaria y científica de las escuelas opuestas es mucho más extensa y numerosa, particularmente la del socialismo. Sobre esto habría no poco que decir. Es verdad que, generalmente, las revistas que no son católico-sociales, apenas si se enteran o se dan cuenta de los libros y folletos que tratan de la Escuela Social Católica, pero eso no hace más que confirmar lo que en el texto dejamos dicho. Con todo, creemos que no es mucho menor la producción de volúmenes que se refieran al catolicismo social, aun con respecto a todo el Socialismo (tomado éste genéricamente). Y quien quiera persuadirse de ello no tiene más que consultar las obras de Cathrein, Pesch, Lapeyre, Turmann, La Tour-du-Pin, Decurtins, Castroviejo, Antoine, Pottier, Biederlack, Vogelsang, Garriguet, Minoretti, Brants, Goyau, Llovera, Hitze, Retzbach, Leroy-Beaulieu (A.), Hertling, Toniolo, Vermeersch, Burgos y Mazo, Vossen, Weiss Winterer, etc. Por lo que respecta especialmente a Francia, véase la erudita obra de Duval: *Les Livres que s'imposent*.

nuestra escuela (1), lo que con harta frecuencia sucede, y es que no pocos de los principios, conclusiones, aspectos y reivindicaciones del «Catolicismo Social», los proclaman como suyos, real o aparentemente, muchos de los que nunca hablan ni de la Escuela Social Católica ni de los católicos sociales (2).

Así, por ejemplo, para no citar más que un caso—¡podríamos citar tantos!—quién creería que Mons. Ketteler, el famoso obispo de Maguncia, en sus sermones predicados en 1884, hubiese flagelado los abusos del derecho de propiedad entendido en el sentido absolutista, en forma tal, que aún hoy día causaría admiración a muchos de nuestros adversarios, y que se hubiese adelantado, poco más tarde, en ciertos aspectos, a las protestas de Lasalle y de Marx contra las principales iniquidades del régimen económico-liberal cometidos sistemáticamente contra los pobres obreros? Y, sin embargo, es así (3).

¡Qué de veces, señores, al leer en TREMENDOS programas *máximos* y *mínimos*, de partidos socialistas... u *obreros*—hay en esto también sus falsificaciones, y alguna vez, bastante burdas—o en exposiciones doctrinales de *modernísimas escuelas* sociológicas, que pretenden ser la última palabra de la ciencia—¡de la Ciencia!—me ha venido a la memoria aquella graciosísima anécdota que refiere un erudito y entusiasta wagneriano (4) en carta dirigida a un gran musicólogo (5): «Cuéntase—dice—de un ingenioso dibujante que tuvo la feliz ocurrencia de diseñar una caricatura que figuraba un pocillo o jícara de chocolate, en cuyo lado se leía el título de la ópera «Don Juan», de Mozart, y en el cual, sin empacho alguno, mojaban sendos bizcochos los modernos compositores: Rossini, Verdi, Meyerbeer y demás compañeros.»

¡Cuántos autores—liberales y socialistas—de sociología y economía política, y aun *leaders* de partidos obreros ATROZMENTE REVOLUCIO-

(1) Otro tanto lamenta el P. Graciano Martínez, agustino, en su obra *El libro de la mujer española*, con respecto al feminismo. Los más feministas ignoran o fingen ignorar lo que los católicos han escrito y hecho a favor de ese movimiento.

(2) Recuérdese a este propósito los famosos *catorce puntos*, de Wilson, y los acuerdos de la Asamblea Internacional del Trabajo de la Liga de las Naciones: aquéllos imitación, casi copia de las ideas del Papa Benedicto XV, y éstos propugnados tantos años antes por la *Rerum Novarum* de León XIII y por casi todos los sociólogos cristianos.

(3) Véase la obra *Ketteler*, por Goyau (trad. de Enrique Ruiz), y en particular los fragmentos de sus sermones de 1884.

(4) Joaquín Marsillach (1882); *El Lohengrin*.

(5) Antonio Peña y Goñi.

NARIOS, han metido su bizcocho en las tazas del Evangelio, de la tradición cristiana, de los Santos Padres de la Iglesia, de los grandes teólogos y filósofos del catolicismo y de los sociólogos y economistas cristianos!... Y todo esto sin hacer jamás mención del pocillo a donde fueron a chupar la ciencia y la erudición de que blasonan, a no ser—¡se han dado tantos casos!—para embadurnar el rostro de la Iglesia, pintándola como inconsecuente consigo misma y como traidora a la causa del proletariado, porque no ha estado repitiendo siempre, en todos los tonos, aquel: *¡Vae, vobis, divitibus!*—¡Ay de vosotros, ricos!—de Jesucristo, o las frases enfáticas y oratoriamente terribles de San Jerónimo, de un San Juan Crisóstomo, de un San Basilio, de un San Gregorio Niceno... o las de un Bossuet o de un Bourdeloue!...

EN NUESTRA ACERA

¿Pero qué tiene de extraño que ese foco de luz intensísima, de la Doctrina Social Católica, aparezca envuelto en sombras, cual si una nube espesísima y negrísima se hubiera interpuesta entre él y los hombres, absorbiendo todos sus rayos, apagando aún sus más vivos resplandores, como si el foco se hubiera extinguido del todo o no hubiese logrado brillar aún en el horizonte social?

Sí; ¿qué tiene de extraño, señores, que la mayor parte de nuestros adversarios se hayan formado tan triste idea de la sociología cristiana y de los grandes principios que la informan, que casi nunca la citan ni se mueven a estudiarla? ¿Qué tiene de extraño que los tales se imaginen que carece de toda sistematización científica y de todo valor ideológico, y de toda virtualidad y eficacia... si TAMBIÉN entre los mismos entusiastas de nuestro campo parece reinar prácticamente ese mismo pobrísimo y mezquino concepto?

No negaré yo, queridos jóvenes, que en otros tiempos pudo creerse, quizás con algún fundamento, que el llamado «catolicismo social», como escuela económica, dejaba algo que desear. Hoy, sin embargo, aun en este aspecto, como ha dicho muy bien el profesor de economía política doctor Castroviejo: «entre las varias escuelas económicas en orden a la cuestión social, ninguna como la católica puede ufanarse de presentar un conjunto de teorías tan precisas, lógicas, trascendentes y eficaces, y aun más, el de haberse constituido en sistema científico tan perfecto y de tan ubérrimo desarrollo» (1).

(1) En el prólogo de la traducción castellana del precioso libro de Toniolo *Orientaciones y conceptos sociales*.

Tampoco tendría yo mucha dificultad en conceder que en otras épocas, pudo quizás notarse alguna excesiva lentitud, cierta vacilación, apocamiento, por parte de muchos católicos, con respecto al estudio y solución de las cuestiones sociales obreras y a la necesidad de afrontarlas con valentía—debido tal vez al auge que en todo el mundo había adquirido la escuela clásica manchesteriana, o quizás también a la rapidez suma y tumultuaria con que surgían, unos tras otros, los cada vez más complicados problemas de la economía moderna—pero en lo tocante a las enseñanzas fundamentales de la sociología cristiana, aunque es muy cierto que en estos últimos tiempos han recibido mayor claridad por haber proyectado sobre ellas sus haces luminosos el potentísimo foco del Vaticano, sin embargo, en lo tocante, digo, a tales enseñanzas, del todo originalísimas, sabias, benéficas y profundamente sociales, esas han sido siempre patrimonio viviente y tesoro inagotable de la Iglesia Católica, que no ha cesado jamás de derramarlo por todo el mundo para salud y mejoramiento de pueblos e individuos.

Y ahí está lo verdaderamente social y lo único perenne y fecundo en esta materia; sociología siempre antigua y siempre nueva; de ayer, de hoy y de mañana; tan incommovible y esplendorosa como la verdad, tan fecunda y activa como el bien; tan recta y ordenada como la justicia; tan grata y penetrante como el amor, y de tanta actualidad y eficacia en todo momento como la vida.

«Fué la Iglesia—ha dicho Toniolo—la que frente al panteísmo político de la antigüedad pagana, con una labor sabia, original y perseverante, emancipando al individuo en su dignidad humana y cristiana, retornando la familia a sus principios o raíces ético-religiosas, regenerando las clases sobre la base del mérito personal, considerando las naciones como instrumentos de una misión providencial, y hermanando todas las partes de la sociedad en Cristo, evocó, casi de los abismos de la nada, todo un mundo nuevo, nunca antes conocido, que el Estado no había creado ni podía jamás destruir y que por vez primera aparecía, como producto espontáneo de energías humanas, que se desarrollaban con ímpetu generoso, bajo la mirada de Dios legislador, y bajo el amoroso amparo de la Iglesia» (1).

Eso es, queridos jóvenes, lo que ha de modelar y reformar, y mejorar completamente a la sociedad civil y a todos sus componentes.

Hoy más que nunca el factor económico es humano y social, y para

(1) Obra citada.

que no se convierta en antisocial y en antihumano, ha de estar informado por los verdaderos principios ético-sociales y ético-religiosos, es decir, por la integridad de la sociología cristiana.

Pero, señores, ¿cómo será posible que por nuestra actuación penetren y se impongan en el mundo esos principios salvadores, e informen la vida toda social, y brillen como faros resplandecientes en medio de las tinieblas de tantos errores anti-sociales, si sus rayos no llegan a nosotros, si su espíritu no vive en nuestra mente, si sus dictámenes no son las normas de nuestras ideas y acciones; en una palabra, si no los poseemos tan íntimamente y con tanta abundancia de luz que puedan realmente servirnos de guía en nuestros estudios y trabajos sociales?

¡Qué pena tan grande se experimenta, señores, al ver que son tan pocos los que en el mundo católico, en nuestros centros, academias y círculos, poseen siquiera lo fundamental e imprescindible de nuestra doctrina: el concepto de sociedad, su causa eficiente, sus elementos constitutivos, la autoridad social, los fines intelectual, moral y económico, los derechos y deberes sociales de cada uno y de cada estado, propios y correlativos!... ¡Y queremos que nuestros hombres de acción sean los médicos de la sociedad, sin haber saludado apenas los primeros principios de la patología general social!

NECESIDAD DE LA FORMACIÓN

Surge de lo expuesto hasta aquí la NECESIDAD de una formación social que nos ponga en condiciones de conocer nuestra doctrina y de aplicar sus soluciones. Y, heme ya, dentro del fundamental asunto de esta conferencia.

Llamar vuestra atención sobre una materia tan sugestiva, parece-me tarea muy fácil. Quizás hasta superflua.

Vosotros sabéis perfectamente cuán necesario sea hoy en día la formación científica, la preparación cultural para valer algo, positiva y sólidamente.

Y si eso es verdad, como lo es, en cualquier ramo del humano saber, en todas las esferas de la personal actividad, no lo es menos en lo que atañe a lo SOCIAL y a la formación sociológica.

Réalmente, de existir, en nuestro caso, alguna duda al respecto, ésta no podría, de ninguna manra, versar sobre si es o no es necesario formarse «socialmente».

Sólo, a lo más, si la duda existiera en realidad, podría referirse

a lo que por formación, por verdadera formación, deba entenderse.

Yo, señores, me atrevo a presuponer, con vuestro permiso, que en efecto hay en ello alguna sombra de dubitación, y, en consecuencia, me imagino que alguien me formula estas preguntas: ¿Qué se ha de entender por VERDADERA FORMACIÓN? ¿Qué debe comprender para que sea VERDADERAMENTE SOCIOLÓGICA?

Y creyendo haber logrado concretar bien el pensamiento de mi tácito interlocutor, paso a ensayar la respuesta.

Pero antes de darla directa y en sentido positivo, permitidme, señores, como quien empieza a desbrozar el camino de malezas, tocar brevemente un punto de mucha importancia, señalar un defecto, o si queréis, un exceso, a primera vista vulgar pero de tan maléfico influjo que, ordinariamente, es el que más suele impedir, como veréis, la recta formación intelectual de los jóvenes.

EL ABUSO DE LAS LECTURAS

Nada, en efecto, más fatal que el ABUSO de las lecturas.

Este perniciosísimo abuso es el más terrible escollo en que tropiezan y naufragan muchísimos jóvenes, de preclara inteligencia, sobre todo, de entre ellos, los más vehementes e inexpertos.

Sí; nada tan perjudicial a toda recta formación, en cualquier linaje de estudios, como ese afán, tan desbordado en algunos, de lecturas de todo género.

Muchos de nuestros jóvenes, ávidos de saber, no sólo por curiosidad natural, tan innata como irreflexiva—prescindo ahora de otras clases de curiosidad—sino también por ansias nobilísimas que sienten de atesorar riquezas intelectuales, proceden en esto sin la debida discreción y medida.

Llevados de su entusiasmo juvenil, cuando no de su temperamento ardoroso e impulsivo, y más que todo, de su veementísimo afán de llegar lo más pronto a la meta, al «ideal» que les sonríe y que les invita a escalar las cumbres de la ciencia, se lanzan vertiginosamente a la carrera, cual flecha disparada por arco tenido largo tiempo en fuerte tensión, en busca de libros, folletos, revistas, diarios...

Los que no logran o no aciertan a moderar ese afán, que los devora y consume—y que, a las veces, les hace pasar las noches «de claro en claro» como el andante caballero manchego—y mucho más los que no han empezado todavía a adquirir el más humano y señorial de los dominios, el de sí propios—leen sin cesar cuanto les viene a la mano,

se atiborran de lecturas hasta más no poder; ingieren todo género de ideas, buenas y malas, sin tener en cuenta ninguna ni con plan, ni con criterio, ni con selección, ni siquiera con algo de método y orden o cosa que lo parezca.

Para esos toda metodología, toda pedagogía, toda higiene mental, son disciplinas y ejercicios insufribles, retardatorios, dignos de figurar según la criteriología a su uso—es decir, sin criterio—en un museo de antiguallas, o entre las «ominosas opresiones del pensamiento libre»... De ese pensamiento, señores, que algunos proclaman libre «en alta voz», pero que allá dentro, en lo íntimo del alma, no es sino una víctima abyecta de una voluntad esclavizada por las más desordenadas pasiones.

Para tales lectores inventóse el verbo DEVORAR.

En efecto, no leen, sino que devoran las lecturas de prisa y corriendo, sin masticar las ideas, sin dar tiempo a la mente para dirigir los conceptos, sin haber hecho antes algún breve ejercicio de moderación, para sosegar de antemano las facultades intelectuales del alma—cosa harto necesaria en estos tiempos de tanta agitación de pensamientos, de recuerdos, de imágenes—a fin de que la lectura entre en provecho y no se convierta en un elemento más de confusión mental y de turbulentas inquietudes.

Aquella máxima tan sensata como antigua, de «empezar por el principio», y aquella otra, tan discreta como práctica de «no dar un paso adelante con un pie sin haber antes asentado bien el otro», con ser reglas vulgarísimas, de esas que pertenecen al acervo común del más común de los sentidos—¡casi Perogrulladas!—y lo que más importa, con ser principios fundamentales de toda recta formación, mayormente de la autodidáctica, tiénenlas algunos de esos voraces lectores tan desconocidas u olvidadas o en tanto menosprecio, como si se tratara de aforismos de alguna paremiología extravagante, propia sólo de países extraños y atrasados...

¿Recargo el cuadro en demasía?

¿Pues aún no he dicho lo peor!

DEFORMACIÓN INTELECTUAL

Y lo peor es que esos lectores leen—notad que no digo *releen*, que pedir eso, señores, sería gollería y lujo excesivo—leen, sí, sin haberse preocupado ni un momento de asentar los fundamentos más indispensables para una sólida cultura, sin haber intentado siquiera

adquirir aquellas normas que se juzgan más precisas para examinar y juzgar con recto y seguro criterio; sin haber leído nunca, ni sospechado tampoco lo que las mismas lecturas que les absorben presuponen o exigen...

Y así no es de admirar ni de extrañar—es solo digno de lamentarlo—que a los tales no les sea posible, sino con grandes dificultades y embarazos, pesar y medir y discernir lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, lo demostrado de lo hipotético, lo verosímil de lo absurdo, lo probable de lo seguro, lo aparente de lo real.

¡Cuánto menos CONSTRUIR arquitectónicamente, armónicamente, científicamente en su intelecto!

¿Y quién de vosotros, jóvenes queridos, no juzgará, como yo, que a ese desapoderado afán de lecturas, tan sin juicio ni medida, y a ese barullo estrepitoso de opiniones que se arma en la mente de los lectores insaciables, hay que atribuir la deformación, monstruosa algunas veces, de tantas inteligencias privilegiadas—y, digámoslo también, en secreto, la depravación moral de tantos corazones juveniles?

¿Quién se atreverá a negar que a esas lecturas tan variadas, tan inconexas, tan sin base alguna racional—y aun a veces tan contrarias entre sí—débase en gran parte el desequilibrio mental de muchos jóvenes, de muchos hombres ya maduros, en quienes predomina, de un modo tiránico, la imaginación más alocada y caprichosa o el escepticismo más desolador y enervante?

¿Quién podrá dejar de reconocer que si hoy en día escasean tanto los hombres de profundas convicciones, los caracteres viriles, las voluntades perseverantes, es debido principalmente a ese eclecticismo morboso, irracional, que reina hoy en el mundo, informe montón de teorías, sistemas, opiniones y prejuicios, mezcolanza horrible de verdades y mentiras, de certidumbres y de dudas, de grandes principios y de grandes vaciedades... producto inevitable del desbarajuste ideológico que reina en la mente por efecto del desorden en las lecturas?

Pongamos un ejemplo:

Se habla hoy con frecuencia, como de un gran acontecimiento contemporáneo de una «feliz reacción», de no sé qué retorno general al... «ESPIRITUALISMO»...

¡Al espiritualismo! ¡Qué fáciles de contentar son algunos! Sobre todo cuando se carece de fijeza y precisión en las ideas... y se toma por espiritualidad cualquier aberración de la mente!

¡Ah! En vez de «retorno al espiritualismo», ¿no deberíamos decir: retorno a la Babel, donde todo es confusión y tormento del espíritu,

y donde, entre negrísimas tinieblas de errores—por más *espiritualistas* que a algunos les parezcan—apenas si se filtra un hilito de luz que procede de la verdad?

LA TURBAMULTA DE LOS SEMISABIOS

Pero de ese *vicio capital* contra la recta y verdadera formación se origina otro mal, MUCHO PEOR que los dichos, y es la aparición, mejor diré, la invasión de esa turbamulta de los *demi-savants*, que tan al vivo retrató Gustavo Le Bon, no menos perjudiciales a la ciencia y al progreso y a la sociedad, que a sí mismos: gárrulos, pedantes, noveleros, eternamente despechados; tan negativos como pésimos profesionales: avanzadas de la fanfarronería de todos los movimientos revolucionarios intelectuales, sociales y políticos; gente que vive perpetuamente descentrada y en continua agitación porque no encuentra en sí misma la tranquilidad del orden, necesaria para el sosiego del espíritu, ni fuera de sí posición en equilibrio que responda a la inquietud y malestar de sus almas.

Esos tales no se hartan nunca de proclamarse «avanzados», «progresistas», precursores de toda futura bienandanza, no son en realidad sino el peor enemigo del adelanto positivo de las ciencias y del verdadero progreso.

Véseles y óyeseles por doquier, porque se agitan sin cesar y gritan desaforadamente, pero examinada con atención su labor y bien pesados los frutos de toda su actuación, vése claro que apenas son dignos de figurar a la RETAGUARDIA del ejército científico, y que muchas veces constituyen su más pesada impedimenta...

QUÉ DEBE ENTENDERSE POR RECTA FORMACIÓN

Mas no sin sorpresa, señores, 'observo ahora que me he dilatado tanto en el punto del abuso de las lecturas, que, con lo que llevo dicho hasta aquí, casi he respondido, bien que de un modo indirecto, a la primera de las preguntas formuladas al principio: Qué debe entenderse por recta formación en egeneral.

En efecto: al enumerar y ponderar los daños de la deformación de la mente por el desorden de las lecturas, tanto si es por el afán desmedido de ellas, como si es por el desconcierto en la selección de las mismas, he ido indicando los caracteres principales de una verdadera y sólida formación intelectual.

Entiéndase bien: FORMACIÓN, no mera INFORMACIÓN.

Con todo, para tratar más de propósito este punto, tan importante, y más aún, para dar la respuesta prometida en sentido positivo y más directo, bueno será que insistamos un poco más en el desenvolvimiento de tan provechosa materia.

Por FORMACIÓN, queridos jóvenes, no puede menos de entenderse algo METÓDICO, SUCESIVO, GRADUAL, y por consiguiente, ORDENADO y ORDENADOR.

Se trataba, en efecto, de adquirir, de construir en la mente, algo CONSISTENTE, que dé forma, que forme realmente al entendimiento humano, y no lo que convierta en una mesa revuelta, en una pantalla cinematográfica, o en un simple almacén de artículos intelectuales de todas clases... desprovisto quizás de los de primera necesidad.

Como en todo edificio, digno de este nombre, el de la formación cultural debe tener cimientos sólidos, verdades fundamentales, principios básicos, ideas madres, normas directrices, que sean la base firmísima y el armazón principal de toda la construcción arquitectónica mental.

Posee muchos conocimientos—cuantos queráis—pero dispersos o inconexos; haber logrado reunir abundantes materiales, pero a medio labrar o inadaptables... no es *contar* con un *verdadero edificio*, con una construcción lógica y científica, sino con *montones* de cosas, que si pueden *llenar* la mente, no sirven de ningún modo para *formarla* intelectualmente y mucho menos para darle *fijeza, vigor, claridad*.

Así como una abigarrada muchedumbre de individuos, sin organización de ningún género y sin conciencia ni ideales colectivos, no es pueblo, sino turba, pues carece de todo principio de unidad; así también una multitud de conceptos, que no responden a ningún orden jerárquico, a ninguna sistematización lógica o científica—y por lo mismo, que no constituyen un cuerpo de doctrina, donde todas las partes se coordinan y completan mutuamente—NO FORMAN en lo intelectual, y mucho menos en lo moral.

Entonces sólo existe un amasijo de ideas, expuesto a ser juguete de «todo viento de doctrina», a dejarse arrebatado por la violencia de las pasiones, a convertirse en demagogia desenfrenada, iconoclasta, nihilista.

La obra de formación... FORMATIVA—y perdonad el pleonismo—para ser tal ha de ser sumamente RACIONAL, PONDERADA, EQUILIBRADA.

En ella, tanto o más que en otra obra alguna, ha de ser todo fruto

de la *coordinación*, de la *interdependencia*, de una sabia y perfecta *economía y jerarquía*.

Ni la disgregación de la democracia atomística, ni las convulsiones de la dictadura tiránica, hanse inventado para el mundo del entendimiento humano. Mucho menos la anarquía.

Esas formas, tan malas para la vida social y política de los pueblos, son peores todavía en el mundo de la vida intelectual y científica.

La razón... es muy RACIONAL.

¡Y es bien triste tener que recordar eso, aun a los mismos racionalistas!

Hasta la misma fe sobrenatural y divina—que no se nos impone a viva fuerza ni procede desordenadamente—se conforma tanto con nuestra condición de seres racionales—pues si bien es *supra naturam*, no es *contra naturam*—que cada vez que se nos propone una verdad revelada o que se nos pide la aceptación de un artículo de fe, podemos exclamar con el Apóstol San Pablo: *rationabile obsequium*.

GABRIEL PALAU, S. J.

(Continuará)